



Educación en Pandemia. Subjetividad Interpelada

María Luján Rulli

Question/Cuestión, Nro.70, Vol.3, diciembre 2021

ISSN: 1669-6581

URL de la Revista: <https://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/question/>

IICom -FPyCS -UNLP

DOI: <https://doi.org/10.24215/16696581e591>

Educación en Pandemia: Subjetividad Interpelada

Education in a Pandemic: Questioned Subjectivity

María Luján Rulli

lujan.rulli@gmail.com

Resumen

Análisis de la situación de lo escolar, los aprendizajes formales en relación con la pandemia y la interpelación de las subjetividades por la pandemia. La visibilización de desigualdades y tareas de cuidado, la situación de pandemia por el COVID-19 nos ha trastocado la vida a todas y todos. A casi dos años de vivir con un virus que avanzó sobre la realidad, en todos los lugares del mundo, se revisarán las situaciones que nos fueron sucediendo como sociedad, para comprender la dimensión subjetiva y social que tuvo, tiene y tendrá en todas y todos.

Palabras Clave: Educación, Pandemia, Desigualdad, Subjetividades

Abstract

Analysis of the school situation, formal learning in relation to the pandemic and the interpellation of subjectivities due to the pandemic. The visibility of inequalities and care tasks, the pandemic situation caused by Covid 19 has turned our lives upside down for all of us. Almost two years after living with a virus that advanced on reality, in all parts of the world, the situations that happened to us as a society will be reviewed, to understand the subjective and social dimension that it had, has and will have in each and everyone

Key Words: Education, Pandemic, Inequality, Subjectivities

Considero fundamental pensar y reflexionar en torno a la pandemia que estamos atravesando, desde diferentes ámbitos y miradas. En particular me centro en los aprendizajes, ya que soy Lic. en Psicopedagogía, y en aspectos vinculados con la perspectiva de género, pues estoy en la fase final de mi Especialización en Comunicación Social, Periodismo y Género en la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la Universidad Nacional de La Plata.

Sabemos que la situación de pandemia por el Covid 19 nos ha trastocado la vida a todas y todos. A esta altura ya son casi 2 años de vivir con un virus que avanzó sobre la realidad de cada una y cada uno, en todos los lugares del mundo.

Es interesante realizar un breve repaso de las situaciones que nos fueron sucediendo como sociedad, para comprender la dimensión subjetiva y social que tuvo, tiene y tendrá en todas y todos.

En primer lugar, la llegada del virus a la distancia, descreyendo de su importancia y trascendencia en nuestro país. Luego, la urgencia de la implementación del aislamiento social preventivo y obligatorio (ASPO), y el impedimento de concurrir a nuestros lugares de trabajo, si

no fuimos considerados personal esencial. Por otro lado, la continuidad pedagógica sin presencialidad en todos los niveles de nuestro sistema educativo.

El mundo cambió y la escuela debió cambiar para adaptarse a las necesidades sanitarias y sociales. El aislamiento ha sido complejo y difícil de sobrellevar, nos enfrentó a nosotras y nosotros mismos, nuestros entornos, las características del grupo conviviente, del espacio físico en el que vivimos, las desigualdades estructurales, las violencias, etc. Es importante tomar en cuenta que el aislamiento no es sinónimo de soledad, lo que implicó organizar las disponibilidades de contacto, haciendo uso de otros medios.

Es por esto que surgió la virtualidad como una herramienta que posibilitó la continuidad de muchas de nuestras actividades, pero también necesitamos de grandes esfuerzos subjetivos para poder sostenerla. Nada reemplaza el contacto interpersonal, ya que somos seres sociales que nos humanizamos, crecemos y nos desarrollamos con otras y otros.

Los cambios que debimos realizar han visibilizado muchas cuestiones que existían, pero no emergen a la superficie con tanta nitidez, estaban camufladas entre otros aspectos de la realidad tal vez más urgentes pero no menos importantes.

Entre otras, la pandemia visibilizó las desigualdades de tipo económico, de género, de lugar de residencia, la importancia del rol del Estado en cuestiones trascendentales de nuestra vida como son la salud y la educación, pero también el acceso a la información, las prácticas de cuidado, la violencia de género, las dificultades estructurales frente al acceso a nuevas tecnologías, e incluso la lucha de quienes detentan el poder económico para impedir la declaración de la telefonía móvil e internet como servicio público. Finalmente desestimado por orden judicial.

La situación de pandemia nos hizo pensar acerca de nuestras realidades, acerca de la “normalidad” en la que vivíamos, en cómo ciertas opresiones cotidianas se naturalizaron y nos obligó a reflexionar acerca de nosotras y nosotros, en relación con las demandas sociales y culturales, en diferente medida la pandemia nos afectó a todas y todos.

Tomando en cuenta la situación particular de niños, niñas y adolescentes surgió una gran preocupación por ellas y ellos debido a la imposibilidad de asistir a la escuela, además de tener que aprender de manera virtual para sostener las trayectorias educativas.

En este sentido me interesa reflexionar acerca de las implicancias del aprendizaje formal en la pandemia, la interpelación a nuestras subjetividades y las desigualdades que se evidenciaron.

Subjetividad en proceso

La subjetividad es un concepto denso, atravesado por diversas categorías que van conformando como un collage, es constituyente e instituyente de nuestra identidad. Como lo expresa Bleichmar "La producción de subjetividad hace al modo en el cual las sociedades determinan las formas con la cual se constituyen sujetos plausibles de integrarse a sistemas que le otorgan un lugar".

La construcción de la subjetividad está anclada y entramada en diversas instituciones por las cuales transitamos en nuestra vida, formales e informales, es así como la familia y la escuela cumplen un rol fundamental en esta construcción. Se produce un sujeto y sujeta histórica, potable socialmente.

Durante el Aspo, se evidenció la importancia de estas instituciones y las dificultades que acontecieron en diversos aspectos frente a los cambios que fueron inevitables para sobrevivir.

Así las y los docentes debieron modificar su manera de enseñar e incluso aprender a utilizar recursos y plataformas tecnológicas prácticamente sin ayuda. Las y los estudiantes debieron encender una cámara, siempre que la tuvieran, y mostrar parte de su casa sin desearlo para acceder a una clase que le permita continuar con sus aprendizajes formales.

Otras y otros debieron esperar que sus docentes les entreguen cuadernillos para poder continuar con sus trayectorias educativas o tal vez recibir las consignas y los materiales por whatsapp.

¿Qué cosas se ponen en juego cuando aprendemos desde la virtualidad?

Una de las cuestiones de las que se habló al comienzo del Aspo en relación con la continuidad pedagógica a partir de la virtualidad, fue su equiparación con la educación a distancia. Lo que ocurrió, y continúa ocurriendo a pesar de estar en otra etapa, es la educación en tiempos de pandemia, es decir procesos de enseñanza aprendizaje mediados por esta situación tan particular que remite a enfermedad y muerte.

Debemos hablar de aprendizaje situado, un aprendizaje que no puede entenderse sin el contexto actual y los cambios que eso implica. Nos referimos a modificaciones en los contenidos a enseñar, en la manera de presentarlos y el cómo son y serán evaluados y calificados.

Por otro lado, no se puede soslayar la importancia del contacto con la incertidumbre y la muerte cotidiana. No saber qué podía sucedernos, ni tener la esperanza de que pueda revertirse a la brevedad. De hecho, hoy en día, más allá del avance que se consiguió por la vacunación masiva de nuestra población, siguen emergiendo variantes del virus que vuelven a situarnos en un lugar de vulnerabilidad física y subjetiva.

Estar en contacto cotidiano con la muerte es algo novedoso para casi todas y todos, nos interpela desde nuestra vulnerabilidad y fragilidad como seres humanos y humanos. Hace que sintamos la incertidumbre, sin saber cómo resolverla. El proceso de duelo conlleva mucha energía psíquica que entonces no está disponible para aprender, entre otras cosas.

A estas cuestiones debió enfrentarse la escuela, sin saber qué hacer, pero intentando sostener uno de sus roles fundamentales que es el de erigirse como organizadora de la vida diaria, los horarios para levantarse, para almorzar, cuando tenemos tiempo disponible para trabajar porque nuestros hijos e hijas están en el colegio, los tiempos de ocio, etc. Esta situación se hizo todavía más evidente para las mujeres, al visibilizarse que son ellas quienes cumplen, mayoritariamente, las tareas de cuidado.

Docentes, estudiantes y familias debieron generar otro tipo de vínculo con la situaciones de aprendizaje formal, que ya no se realizaron en el aula, a partir del trabajo conjunto, sino en la soledad de cada hogar. Esta situación tuvo implicancias en la subjetividad de cada una y cada uno de quienes debieron aprender de esta manera, y también para quienes tuvieron que adecuarse a enseñar así.

Recuerdo el comentario de una docente que relataba cómo se sintió cuando se dio cuenta que su clase era escuchada por su estudiante, pero también por su familia, la invadió una sensación totalmente novedosa, de sentirse invadida por otras y otros que no formaban parte de la clase pero sin embargo estaban ahí.

Fue un cambio muy sustancial para todas y todos, para las familias implicó la entrada del dispositivo escolar a la casa, muchas y muchos debieron comenzar a hacerse cargo de situaciones para las que no estaban preparadas y preparados, como por ejemplo asistir a sus hijas e hijos en las tareas escolares. La escuela brinda un encuadre de sostén y previsibilidad, cierta red de contención que había desaparecido, que había mutado y además, ya no estaba en primer plano.

De repente se dieron cuenta de que no podían realizar una tarea determinada, o que no lograban conectarse de manera virtual, ya que, como relata F. una paciente mía “el zoom era muy aburrido”. Sobrevinieron angustias y dificultades en el sostenimiento de las funciones parentales, ya que frente a tanta novedad impuesta no sabían qué hacer.

Por otro lado, para las y los estudiantes fue perder un espacio propio, diferente al que tienen en su casa y en su familia, pero sobre todo fue perder cierta intimidad y autonomía que intenta proponer la escuela. Surgieron así sentimientos de “hipervigilancia” ya que no estaban en el aula, donde podían decidir qué hacer con las demandas escolares, sino en su casa, con la familia ahí. En relación con el modo de acceso a las tareas, ya no podían regular sus intervenciones, sus modos de aprender, todo podía ser observado.

Una de las cuestiones más notorias si pensamos en el lazo social que implica la asistencia cotidiana a la escuela ha sido la desorganización y la desconexión, a muchas y

muchos sujetos les ha costado sostener las actividades escolares, los horarios se trastocaron, no se lograba seguir las clases.

También se extrañaba el trabajo con una otra, un otro que funciona como sostén frente a la demanda de lo novedoso y conflictivo. La falta del contacto cotidiano, del cuerpo a cuerpo, que se produce en la escuela, afectó la forma de encontrarse, de aprender de las y los pares, de generar lazo social, tan importante durante la adolescencia en relación con la salida exogámica.

Otras y otros, que no contaron con la tecnología disponible para acceder a la virtualidad desde una computadora o un teléfono celular, debieron recibir la asistencia del Estado, a partir del programa “Seguimos Educando”, cuyo objetivo es asegurar por diversos medios la continuidad educativa.

En el marco de mi trabajo clínico e institucional en un colegio secundario de gestión privada, urbano, en el partido de La Plata he observado muchas cuestiones que remiten a lo traumático de la pandemia. A modo de ejemplo, niños que no podían establecer ningún tipo de contacto con la escuela, lo que evidenciaba un detenimiento de las oportunidades de aprendizaje y de cumplimiento de las demandas esperadas según su etapa evolutiva.

Madres y padres de adolescentes que no lograban organizar los tiempos de sueño, manifestando una imposibilidad por el sostenimiento de ese hábito básico y fundamental, dado que fue la noche el momento de reunión entre ellas y ellos durante el Aspo, viendo así que si se promovían “encuentros” sociales entre ellas y ellos, no se respetaban las horas nocturnas de sueño.

Al hablar de lo traumático retomo conceptualizaciones vertidas por la psicoanalista Silvia Bleichmar al hablar del estatuto de lo traumático como colectivo, entendiendo que el psiquismo no opera a espaldas del mundo. Nuestra subjetividad está anclada en un tiempo histórico determinado, ligada a los acontecimientos cotidianos de nuestra vida comunitaria y personal.

Por lo tanto, dichos traumatismos, como por ejemplo una pandemia, impactan en la subjetividad de aquellas y aquellos que lo padecemos. Implica una recomposición subjetiva

para simbolizar lo traumático, para recuperar la capacidad de pensar y hacer un esfuerzo para volver a ser uno mismo más allá de lo traumático.

Es en este sentido, además, podemos hablar de la dificultad de generar un tejido reparador comunitario ante la ausencia de un encuadre facilitador que nos contiene de manera grupal. El encontrar otras formas de vínculo social ha deparado mucho trabajo simbólico y de construcciones de pensamiento novedosas para el yo, también en relación con los requisitos esperables para estar en las mejores condiciones para aprender.

Si bien se ha hablado mucho acerca de la imposibilidad de una salida individual ante la pandemia, no ha sido fácil la construcción de una salida colectiva, sobre todo si tenemos en cuenta la incertidumbre imperante y la dificultad de cumplir con ciertas expectativas a futuro, a mediano y a largo plazo.

Esta situación se ha visto, a mi entender, agravada en los y las adolescentes, dado que uno de los trabajos psíquicos propios de esta etapa evolutiva es la salida al mundo externo, es decir seguir siendo parte de su familia y a la vez, fortalecer su propia identidad.

Hablemos de cuidados

Este año el Ministerio de Educación de la Nación publicó una colección de Derechos Humanos, Género y ESI titulada "Cuidados". Allí se expresa que "el tema del cuidado no es tanto una novedad como un modo de pensar y reagrupar ciertas prácticas —profesionales o no— que tienen que ver con actividades que realizamos en nuestra vida cotidiana vinculadas al bienestar y la promoción de la salud".

Si bien hay varios ejes para tomar en cuenta en relación con esta perspectiva, la proveniente de la economía feminista, centrada en la economía del cuidado; la que viene de la sociología, que coloca el debate en el bienestar social; la que comprende al cuidado como derecho y la de la ética del cuidado, cercana a disciplinas como la antropología y la psicología social.

Profundizo en el cuidado como derecho y en la ética del cuidado, porque creo que son aspectos que se deben poder reflexionar y pensar en torno a la labor de las y los docentes en general y en la pandemia en particular.

La situación de incertidumbre, temor al contagio y a la muerte tiñó todas las prácticas cotidianas, también las específicas de la escuela. Nunca imaginamos no poder salir de nuestras casas, ni siquiera para cumplir con nuestras obligaciones laborales y educativas, para así poder cuidar nuestra salud y nuestra vida.

Las perspectivas de proyectos a futuro se vieron truncadas, así como qué contenidos se debían enseñar, dónde poner el acento y por cuánto tiempo. Considero que la escuela hizo lo que pudo frente a esta crisis tan importante, pero también creo que desperdició oportunidades para replantearse objetivos acordes a los tiempos actuales.

La escuela debe ofrecer horizontes simbólicos de oportunidad, no sólo frente a la adquisición de nuevos aprendizajes sino, principalmente, en la construcción de ciudadanías democráticas que valoren la diversidad y las diferencias.

El documento citado -"Cuidados"- explicita que en relación con la escuela, el cuidado nos permite tomar una interfaz entre la educación y la salud, promoviendo alianzas que colaboren en la construcción de subjetividades más inclusivas, más saludables, que puedan apropiarse de la noción del semejante. También es un ámbito de protección de derechos.

El cuidar al otro, enseñar a cuidarse, son tareas fundamentales de las y los docentes en la escuela. Durante la pandemia esto se evidenció ya que fue una de las instituciones que pudo sostener cierta forma de certidumbre ante tanto desamparo; fueron las y los docentes y el personal de las escuelas quienes fomentaron, se ocuparon y trabajaron por sostener el vínculo con las y los estudiantes.

Centrarse en las trayectorias educativas fue la excusa para procurar, sostener y profundizar el vínculo con las y los estudiantes, tomando en cuenta la perspectiva de cuidado y el derecho a recibir educación. Que exista un otro, una otra que te llama, te escribe interesándose por cómo estás y qué necesitas es muy importante porque ubica al estudiante

como un semejante, alguien que debe ser respetado, escuchado, atendido, en definitiva alguien con derechos.

Recuerdo un alumno que no se conectaba a ninguna clase virtual, ni realizaba las tareas planteadas en la plataforma del colegio, tampoco respondía mis mensajes que intentaba hacerle llegar por diferentes vías: correo electrónico, whatsapp, etc. Finalmente tuve que citar a su familia para plantearles nuestras preocupaciones en relación con su situación personal y con su trayectoria educativa.

Cuando logré comunicarme y le propuse un acompañamiento que lo ayudaría a poder recuperar sus aprendizajes, me agradeció que hubiera insistido en hablar con él. Se evidencia en este ejemplo la importancia de la presencia del otro, de la otra desde una perspectiva de cuidados, mucho más allá de la adquisición de contenidos específicos.

En definitiva quienes trabajamos en la educación y en la salud, esa intersección que nos plantea la perspectiva de cuidados, entendemos que ese es uno de los roles fundamentales de la institución educativa, trabajar para potenciar las posibilidades de construcción de subjetividades democráticas, respetuosas de la diversidad y de los derechos. Sólo así podremos avanzar en una sociedad más igualitaria, más justa e inclusiva.

La pandemia nos abre una posibilidad para repensar en estos sentidos, a partir de poder analizar críticamente la realidad cotidiana. Se torna imprescindible abordar un cambio en la matriz simbólica, en la construcción de subjetividades, a partir de un marco normativo que ha expandido los derechos.

En épocas donde se da una colonización de la subjetividad, tal como lo plantea Nora Merlin “El neoliberalismo lleva a cabo una construcción biopolítica basada en la apropiación y el disciplinamiento social, un dispositivo de colonización de la subjetividad cuyo objetivo es la producción de un hombre nuevo”.

La escuela tiene mucho para decir y para dar en el sentido de revertir esta situación, pensándose en sentido colectivo e incluyendo miradas diversas, que permitan la construcción y consolidación de valores que defiendan y respeten los derechos humanos, las disidencias, en definitiva que enseñe que las y los otros son semejantes.

Hemos vivido que el tiempo se ha ralentizado por una pandemia, sería interesante tomarnos el tiempo de pensar nuestra cotidianidad saliendo de la inmediatez, promoviendo la reflexión colectiva. ¿Qué mejor lugar que la escuela para intentarlo?